

con insistencia, acompasando una danza viva, violenta casi, coreada con rugientes voces. Nueva brazada de leña había hecho reavivar el fuego de la pira, cuando Boutius, que danza al frente de su clan, se despoja bruscamente del ságun para emprender veloz carrera hacia el fuego donde en último impulso de sus vigorosos músculos lanza su cuerpo. Unos momentos tan sólo dura la terrible visión, que coincide con angustiado grito de todas las gargantas. La danza queda interrumpida. Denso y sofocante olor a carne quemada se desprende de la pira donde el cuerpo de Boutius es ahora una masa oscura que burbujea líquidos y gases y se retuerce entre las llamas. Junto al borde mismo de la hoguera, Caenia, inclina su cuerpo y eleva sus brazos implorantes para que los dioses sean benignos a su padre: último representante del espíritu de independencia de la Tribu.

ANTONIO MENA OJEA

AVISOS

Los buenos cimientos asientan en dura roca. Sobre lo que más esfuerzo nos costó levantamos el palacio de nuestra estima. Quien se funda en lo que de otros ha recibido, construye sobre arena.

Nada hay en el mundo perfecto. La reputación y fama crecen, vistas a distancia, porque, al juzgar de una persona, se olvidan sus defectos y flaquezas: los que conocen a un sujeto y conviven con él, muchas veces, guiados por la pasión, envidia o ligereza, aprecian lo malo y rechazan lo bueno. Por ello nadie es profeta en su patria; el buen nombre llega después de la muerte.

El consejo acertado y la dádiva generosa han de acomodarse a quien se dirigen: lo contrario es más presunción que utilidad.

Cuando juzgamos a personas de recta conducta, ánimo generoso y delicadeza espiritual, solemos atribuir a simpleza una auténtica virtud: es duro reconocer la superioridad ajena.

La petulancia da ocasión a que muchas veces seamos sorprendidos y adoctrinados por gentes sencillas, de recto criterio y buena intención. Es cuando más sufre nuestra vanagloria.

La valía de los colaboradores acredita la superioridad de un jefe, si estuvo en su mano el elegirlos: en tal caso no disculpa al desacierto las faltas o negligencias extrañas.

«PRUDENS»

RECORDANDO A COVARSI

La leyenda del castillo

(Gran lienzo del pintor)

Terminado el trajín de la faena,
al amor de la lumbre, en la cocina,
está la humilde gente campesina
esperando la hora de la cena.

Narrando va el pastor con voz serena
la historia del castillo, peregrina,
y cuando la leyenda ya culmina
en todos, pone miedo el alma en pena!...

Tras la ventana, al fondo, en lejanía,
enhiesto, con suprema gallardía
el castillo almenado se columbra.

Es el castillo que el pastor evoca,
que altivo y firme, sobre ingente roca,
la luz lunar, romántica, lo alumbra.

MANUEL MONTERREY